

Instituto de investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Pablo Martín Méndez

UBA-UNLa-CIC

pablomartinmendez@hotmail.com

Poder. Dominación. Violencia

El poder a distancia: biopolítica y control virtual

I

Hacer que los hombres hagan cosas sin necesidad de imponerse sobre ellos; hacer que se comporten de determinadas maneras pasando por alto los contactos y las relaciones directas; hacer que la suma y articulación de sus conductas derive en ciertos estados globales o permita la existencia de ciertas realidades sin que esto implique la pronunciación de un sinnúmero de órdenes que deban ser entendidas y acatadas de igual modo por todos: piénsese en cada uno de los aspectos mencionados y se estará, ciertamente, frente a un poder concreto y específico, un poder capaz de ejercerse “a distancia”. Ese poder no nos constriñe ni nos subyuga, no nos penetra y ni siquiera palpa nuestros cuerpos, pero sentimos la intensidad de sus efectos cuando transitamos por las calles, cuando observamos un aviso publicitario, cuando abrimos un periódico, cuando encendemos la televisión o simplemente cuando contemplamos las acciones de los demás. El poder a distancia se despliega en el ambiente que nos rodea, su ejercicio mismo dispone y construye los elementos de tal ambiente para que nuestras conductas acarreen beneficios o perjuicios. El poder a distancia posibilita y estimula, no impone ni manda a hacer nada, sino que más bien nos incita a elaborar estrategias y tomar decisiones. El poder a distancia es etéreo y sólo tiende a materializarse mediante las acciones que diariamente meditamos y desarrollamos. ¿Cómo emprender entonces la indagación de un poder semejante? ¿Cómo dar cuenta de un poder que no parece residir en ningún lugar y que sin embargo es capaz de afectarnos en donde nos encontremos? Sea como fuere, y salvando las aparentes contradicciones, nosotros reivindicamos ante todo la intensa exasperación generada por estas dificultades, puesto que en dicha afección aparece la posibilidad de

elaborar un pensamiento que precisamente nos aproxime y nos enfrente a un poder que siempre logra ejercerse desde la distancia.

II

Podríamos comenzar mencionando rápidamente los tres postulados complementarios que nos acompañarán durante el resto de nuestro recorrido: en primer lugar, y por definición, todo poder que se ejerza a distancia no se dirigirá a los individuos, sino más bien al “medio” en el que los mismos desarrollan sus actividades; en segundo lugar, toda intervención que se despliegue en el medio implicará una suerte de “incitación” y no una acción directa; en tercer y último lugar, toda incitación se presentará como la pura función de un modo sumamente específico de ejercer el poder, un modo que no estará basado en el encauzamiento disciplinario de las conductas, sino más bien en la “regulación” de ciertos procesos que tendrán una influencia indirecta sobre aquellas. Por lo demás, resulta conveniente advertir que la intervención en el medio, la incitación y la regulación son precisamente las tres propiedades o tendencias que, de una manera u otra, se componen entre sí para dar espesor a ese problema escurridizo que Foucault denominará como “biopolítica”. Siguiendo nuestros propósitos, debemos sostener que al menos en principio, y más allá de sus ambigüedades, la noción de biopolítica señala el desarrollo gradual de una “tecnología no disciplinaria” de poder introducida hacia fines del siglo XVIII, es decir, a continuación del desarrollo y el afianzamiento de la anatomía política o la disciplina del cuerpo (Foucault: 2006a: 168-169; Foucault: 2008a: 219 y ss.). Agreguemos enseguida que el término “no disciplinaria” obedece al hecho de que la instrumentación y el despliegue de la biopolítica se producen en un nivel completamente específico respecto a las disciplinas. En efecto, antes que intervenir en el “hombre-cuerpo” o “cuerpo-máquina” susceptible de disciplinamiento, la biopolítica se dirige al “hombre-especie” o “cuerpo-especie” en tanto multiplicidad de procesos biológicos globales, de procesos tales como la natalidad, la mortalidad, la longevidad, la salud, la higiene, etc. Se trata de un nuevo cuerpo, un cuerpo “múltiple y global” constituido por variables propias y bien definidas; se trata asimismo de un cuerpo cuyos movimientos y tendencias regulares no responden a ninguna voluntad particular; se trata, en fin, de un cuerpo atravesado por toda una dinámica “natural”, de un cuerpo que a la larga no será otra cosa más que la “población”. Según Foucault, las técnicas de poder surgidas a partir del siglo XVIII introducen cada vez más a la población como un problema económico y político, como un problema de doble faz que de un lado se inscribe en el régimen general de la naturaleza y del otro ofrece una superficie de agarre, un nuevo campo de intervención, en donde será posible implementar y desplegar todo un conjunto de acciones gubernamentales específicas

(Foucault: 2006b: 100-101). En el límite, la población presentará una naturalidad continuamente penetrable, una naturalidad accesible a ciertas técnicas de transformación lo suficientemente meditadas y calculadas. Ahora bien, si es evidente que la naturalidad de la población permanece fuera del alcance de cualquier decisión o voluntad particular, si es evidente que dicha naturaleza posee su dinámica propia, ¿cómo se vuelve entonces posible que esa misma naturalidad de pronto ingrese en el campo de una tecnología de poder, de una biopolítica, capaz de transformarla y modificarla de manera continua? Deleuze señala que la especificidad de la biopolítica consiste en la gestión y control de una multiplicidad de individuos en espacios extensos o abiertos; así también, Foucault menciona que la biopolítica interviene en la materialidad que liga biológicamente a la población (Deleuze: 2008: 60 y 101; Foucault: 2006b: 40-44). A nosotros nos interesa señalar que la población existe necesariamente en un medio determinado, en un medio conformado por numerosas variables que afectan a quienes residen en él. Podríamos decir, junto con Foucault, que en el medio se entrecruzan las acciones de una multiplicidad de individuos que coexisten y las acciones de una serie de elementos provenientes del contexto material en los que aquellos están inmersos; en términos más simples, el medio es el soporte que sostiene la “acción a distancia” de un cuerpo sobre otro, es el elemento de circulación de una acción que se resuelve en causa y a la vez en efecto. Pues bien, la posibilidad de penetrar la naturalidad intrínseca a la población se observa en el hecho de que el medio aparecerá precisamente como el campo de intervención de la biopolítica, en el hecho de que sus diferentes variables podrán ser modificadas por una acción gubernamental que tenderá a desplegarse en el medio mismo. A partir de ese momento, el ejercicio del poder ya no consistirá tanto en la imposición de un mandato o de una prescripción, sino en la intervención de elementos aparentemente alejados de la población que sin embargo producirán efectos concretos sobre ella. De modo inverso, la relación con el poder ya no pasará por la obediencia o el rechazo: «cuando se trata de la relación del gobierno con la población, el límite de lo decidido por el soberano o el gobierno no es forzosamente el rechazo de las personas a quienes se dirigen» (Foucault: 2006b: 94). Antes que sujetos de derecho sobre los cuales recaerá la soberanía, antes que sujetos atrapados en los diferentes encierros de la disciplina, habrá una multiplicidad de sujetos ligados a un medio susceptible de injerencias e intervenciones gubernamentales. Antes que un poder directo y sin mediaciones, habrá un poder a distancia, un poder capaz de modificar las variables del medio para incitar ciertas conductas y desestimular otras. Y por supuesto, aquí no se busca maximizar y extraer fuerzas del cuerpo, no se busca aumentar las aptitudes de los individuos y a la vez hacerlos dóciles; después de todo, nunca deberíamos olvidar que los procesos

biológicos se esparcen y diseminan a través de flujos moleculares que resultan imposibles de encauzar. Sin embargo, en el nivel de la población siempre es posible esperar y pretender que aquellos procesos tiendan a compensarse y remediarse entre sí, que tiendan a neutralizarse o acoplarse de un modo tal que permanezcan dentro de ciertos equilibrios y promedios; siempre es posible, e incluso conveniente, proyectar una “regulación” de los procesos poblacionales que llegará a producirse por obra y fuerza de los procesos poblacionales mismos.

III

Sin duda alguna, la necesidad de que las intervenciones gubernamentales ingresen en una suerte de orden físico compuesto de elementos que actúan unos con respeto a otros, la necesidad de que en cada momento la técnica política considere las dinámicas y procesos que conforman a la realidad de la población, la necesidad de que en última instancia esa realidad tienda a desarrollarse de acuerdo a sus propias leyes y principios, todo ello, ciertamente, se deriva de los postulados del liberalismo. Foucault ha sostenido que el liberalismo no debe ser reducido a una mera ideología económica y política, sino que más bien debe concebirse como una razón gubernamental y una tecnología de poder que tiene en cuenta la libertad y los deseos de los hombres: «hay algo absolutamente esencial en una física del poder o un poder que se piense como acción física en el elemento de la naturaleza y un poder que se piense como regulación sólo capaz de producirse a través de la libertad de cada uno y con apoyo de ella» (Foucault: 2006b: 71). No es casual entonces que para Foucault el liberalismo sea el “marco general” de la biopolítica, pues la exigencia liberal de que el gobierno se autolimita ante los procesos naturales de la población se corresponde con la aparición de un nuevo dominio de intervenciones posibles y necesarias, de intervenciones siempre destinadas a suscitar y facilitar la regulación de los procesos naturales (Foucault: 2006b: 403-404; Foucault: 2008b: 40-41). Digamos que los procesos naturales tendrán que mantenerse dentro de parámetros y patrones socialmente aceptables, que no deberán superar el punto a partir del cual ponen en peligro a la sociedad. Digamos además que al momento de garantizar y asegurar una regulación semejante, la biopolítica en tanto tecnología de poder implicará la puesta en práctica de un conjunto de dispositivos sumamente específicos, un conjunto de “dispositivos de seguridad”, capaces de desplegarse en el medio y promover que los procesos en cuestión se corrijan por sí mismos. La especificidad de estos dispositivos se observa en al menos cuatro aspectos complementarios descritos por Foucault. En primer lugar, los dispositivos de seguridad se apoyan en elementos y variables materiales que aparecen como datos preexistentes, como datos propios del medio en el cual intervienen. En segundo lugar, la

acción de esos dispositivos no tiene el objetivo de alcanzar un punto de perfeccionamiento que implique la anulación total de los elementos que se consideren negativos o perjudiciales; por el contrario, los dispositivos sólo apuntan a reducir los elementos negativos y maximizar los que se estimen positivos. En tercer lugar, los dispositivos siempre evaluarán a los elementos del medio de acuerdo a su carácter polifuncional, dado que dichos elementos algunas veces generarán derivaciones positivas y otras veces negativas. En cuarto y último lugar, los dispositivos de seguridad permanecerán continuamente abiertos a un porvenir incierto y poco controlable, a un porvenir que sólo podrá concebirse en términos de probabilidades (Foucault: 2006b: 38-40). Todo lo cual nos permite sostener que los dispositivos de seguridad jamás proceden mediante el cierre completo del espacio en el que intervienen, sino que más bien, y a diferencia de los mecanismos disciplinarios, gestionan espacios abiertos a través de un cálculo de probabilidades: «Ahí [en el medio abierto] es donde «hacer probable» adquiere todo su sentido entre las categorías de poder y donde se introducen los métodos probabilísticos» (Deleuze: 2008: 101). Quizá los cuatro aspectos mencionados se aprecien mejor si atendemos a uno de los problemas fundamentales del liberalismo, esto es, el problema de la circulación entendido en sentido amplio. En efecto, los procesos intrínsecos a la población se regulan por sí mismos cuando existe la posibilidad y la garantía de que las cosas efectivamente circulen. La circulación elimina cualquier estratificación potencialmente peligrosa, trátase de los miasmas que generan pestes y enfermedades, de las muchedumbres y amontonamientos públicos que derivan en conmociones y revueltas, o bien de los acopiamientos de bienes que aumentan los precios y producen escasez. Más aún, la circulación evita que esos peligros se conecten e incrementen mutuamente, evita que por ejemplo las enfermedades provoquen escasez, que la escasez provoque revueltas y las revueltas más enfermedades. Será necesario entonces intervenir en el medio y modificar la disposición de todos aquellos elementos que tiendan a obstaculizar la circulación; será necesario que las calles faciliten el intercambio y el comercio, que las redes y servicios de limpieza posibiliten el transporte rápido de los residuos y desechos, que los lugares públicos permitan el tránsito fluido y no los amontonamientos espontáneos y confusos. Es por demás claro que tales modificaciones paralelamente tenderán a desestimular ciertas circulaciones consideradas peligrosas o perjudiciales; así, las calles abiertas e iluminadas reducirán el tránsito de vándalos y vagabundos, la disposición de los lugares públicos dificultará el movimiento errático de las muchedumbres, mientras que el transporte de residuos limitará la propagación de contagios y epidemias. Como dirá Foucault, el problema consiste en dejar fluir las circulaciones y a la vez en controlarlas y seleccionarlas,

en hacer que los individuos y las cosas se desplacen de un modo tal que los peligros inherentes a dicho desplazamiento queden anulados por el desplazamiento mismo (Foucault: 2006b: pp. 85-86). En otras palabras, el problema consiste en modificar a los elementos del medio para incitar una circulación que en su propia fuerza e impulso contrarreste o perjudique a cualquier otra manera circulación posible.

IV

Nosotros sabemos que desde hace algunas décadas, y tras una inmensa sucesión de crisis y reacomodamientos, el liberalismo ha dado lugar a un conjunto de ideas y prácticas político-económicas que suelen ser denominadas bajo el título de “neoliberalismo”. A estas alturas, no nos llevaría demasiado esfuerzo sostener que el neoliberalismo debe ser concebido ante todo, y al igual que en el caso del liberalismo, como una razón gubernamental y una tecnología de poder en donde se vuelven a poner en juego las tres premisas que mencionábamos más arriba, es decir, la intervención en el medio, la incitación de las conductas y la regulación de ciertos procesos. Sin embargo, y a diferencia de lo que habitualmente se cree, el neoliberalismo implica un modo de pensar y de ejercer el gobierno completamente específico respecto a las prácticas y postulados del liberalismo. Al menos en principio, el neoliberalismo entiende que la economía de mercado no es el resultado de una serie de procesos naturales que se regulan por sí mismos, sino de una competencia pura que sólo aparecerá y producirá sus efectos correspondientes cuando el medio cuente con una cantidad de condiciones establecidas de manera artificial: «la competencia pura no es un dato primitivo. (...) La competencia pura debe y no puede ser más que un objetivo, un objetivo que supone, por consiguiente, una política indefinidamente activa» (Foucault: 2008b: 153). El problema consiste en elaborar una modalidad de ejercicio del poder que se ajuste a los principios de la economía de mercado, consiste en proyectar una acción gubernamental capaz de adecuarse a esos principios. Así, el neoliberalismo parece invertir la fórmula liberal que concebía al gobierno como la instancia encargada de promover la autorregulación de los procesos naturales del mercado, pues ahora la competencia pura de mercado aparecerá más bien como el principio organizador y regulador de las acciones de gobierno: «El gobierno debe acompañar de un extremo a otro la economía de mercado (...). Es preciso gobernar para el mercado y no gobernar a causa del mercado» (Foucault: 2008b: 154). El gobierno deberá desplegar una intervención capaz de crear y perpetuar el espacio concreto que permita la existencia de la competencia de mercado. Nótese la diferencia: antes que modificar las variables del medio, corresponde al gobierno crear y mantener el espacio en donde aquella competencia pueda llegar a existir en forma

efectiva. ¿Pero qué clase de acción gubernamental sería capaz de realizar una tarea semejante?; o si se quiere, ¿sobre qué elementos debería el gobierno intervenir para crear el espacio o el medio en cuestión?; y en última instancia, ¿cuáles serían las conductas que dicho medio tendería a incentivar?

A comienzos de la década de 1940, Wilhelm Röpke —un sociólogo y economista perteneciente al “ordoliberalismo” alemán— señalaba la necesidad de elaborar un criterio que permitiese distinguir la calidad, y no simplemente la cantidad, de las intervenciones gubernamentales; un criterio que en lugar de establecer la línea divisoria entre los elementos que son susceptibles de intervención y los que no lo son, indique en cambio el modo o el estilo de las intervenciones mismas; un criterio que no se base en la postulación de una naturaleza intocable, sino más bien en la “conformidad” o “disconformidad” de cada intervención gubernamental con respecto a la existencia y constitución de la economía de mercado (Röpke: 1956: 203 y ss.). Cabe añadir inmediatamente el hecho de que las intervenciones gubernamentales son conformes cuando se dirigen al marco general en el cual existirá la economía de competencia y no a la economía de competencia en sí: «La formación y la vigilancia de las condiciones que enmarcan la vida económica es una tarea permanente de la política económica (...). Gran parte de la reforma que hemos de llevar a cabo nosotros consiste precisamente en modificar, ampliar y reforzar ese *marco permanente*» (Röpke: 1956: 238). Ya veremos que el marco del que aquí se trata tiende a estar compuesto por procesos mucho más “inmateriales” que materiales, por procesos que no alcanzan a comprenderse del todo si se los sigue concibiendo en términos biológicos o corporales; pero de momento, digamos que las intervenciones gubernamentales conformes necesitarán tener en cuenta a una amplitud de datos sociales —sean datos culturales y educacionales, datos científicos y técnicos, datos jurídicos, etc.— que a pesar de no presentar un interés económico directo condicionarán continuamente la existencia y el eventual desarrollo de la economía de competencia. Para decirlo en otras palabras, las intervenciones conformes implican que el accionar del gobierno se despliegue a través del espeso entramado de conexiones y contactos que hacen a los diferentes fenómenos sociales. De ahí que el tejido social en su amplitud, y no tanto la población en sus caracteres biológicos, aparezca ahora como el nivel específico de las intervenciones gubernamentales. De ahí también que ese tejido se corresponda con la necesidad de implementar una nueva tecnología de poder capaz de extenderse en el enredo y espesor del mismo. Röpke sostenía que las intervenciones conformes requieren de un programa de acción “vario y elástico” que les permita desplegarse en muchas partes a la vez, de modo tal que en todo momento se vuelva posible localizar e intervenir los diferentes

puntos críticos presentes en el tejido social (Röpke: 1956: 254). Retomando esta problemática, los estudios de Foucault señalan por su parte que la gubernamentalidad neoliberal pone en práctica una tecnología de poder que se dirige a un ambiente siempre abierto a los albures y fenómenos transversales, siendo en consecuencia una “tecnología ambiental elástica” completamente específica ante los dispositivos y mecanismos de normalización característicos del liberalismo (Foucault: 1991: 165; Foucault 2008b: 302-304). La elasticidad de la mencionada tecnología se aprecia en por lo menos dos aspectos fundamentales: el primero de ellos consiste en la localización y diferenciación de ciertos puntos del tejido social considerados como peligrosos o vulnerables, mientras que el segundo aspecto se refiere a modulación de un conjunto de variables medioambientales que inciten la iniciativa y la responsabilidad de los agentes involucrados. Trátese por ejemplo del caso de la pobreza: en lugar de recurrir a la asistencia y protección social, las intervenciones gubernamentales buscarán crear un ambiente capaz de incentivar la responsabilidad económica de cada individuo: «No se parte (...) de la responsabilidad del individuo como un dato primario y natural, como en el liberalismo clásico, sino de la constatación de que la responsabilidad tiene condicionamientos medioambientales que la favorecen u obstaculizan» (Castro-Gómez: 2010: 241). ¿Y qué clase de intervención medioambiental podría favorecer dicha responsabilidad? Röpke ha mencionado que una intervención posible pasaría por instrumentar planes de crédito y cajas de ahorro que faciliten el acceso a la propiedad, pues sólo la propiedad permite que los individuos se vuelvan independientes y responsables de sí mismos. Trátese también de una rama de la producción que tiende a ser perjudicada por los avances tecnológicos o por el surgimiento de nuevos hábitos de consumo: en lugar de implementar subsidios y medidas proteccionistas, la intervención medioambiental intentará desplegar planes de transformación basados en la reeducación de los productores afectos y en campañas de propaganda que den a conocer sus productos. (Röpke: 1956: 239-242 y 284). Trátese por último de problemas tales como el crimen y la delincuencia: en lugar de normalizar a los individuos, el gobierno buscará arbitrar un conjunto de instrumentos que modulen la fuerza ejecutoria de las leyes para que de este modo el riesgo de cometer un crimen siempre sea más alto que sus posibles beneficios (Foucault: 2008b: 290 y ss.). Vemos entonces que la tecnología elástica del neoliberalismo considera por un lado a un sinnúmero de datos sociales que posibilitarán la aparición de determinadas situaciones incompatibles con la existencia y el desarrollo de la economía de competencia, y por el otro construye una ambientalidad que promueva la resolución de esas situaciones a través de la responsabilidad y la iniciativa individual. El objetivo consiste en crear un ambiente en donde los individuos se

encuentren continuamente incitados a asumir y sopesar los riesgos y los beneficios de sus respectivas acciones; un ambiente en donde la implementación de planes, proyectos y tácticas se convierta en toda una modalidad de comportamiento; un ambiente en donde, al fin y al cabo, ya no existan protecciones o soluciones provenientes del gobierno, sino oportunidades y posibilidades que los individuos deben aprender a aprovechar. En el neoliberalismo no hay procesos conformados por la dinámica y la interacción de conductas supuesta e innegablemente naturales, tampoco hay un medio compuesto de variables y elementos cuya intervención y modificación asegurarían la autorregulación de los procesos en cuestión; antes bien, en el neoliberalismo siempre encontramos la postulación de una economía de competencia que sólo puede llegar a existir y ejercer sus funciones de regulación cuando los individuos son capaces de valerse por sí mismos y sobre todo cuando la acción gubernamental construye el ambiente destinado a generar una necesidad semejante en el interior de cada uno de ellos.

V

Hemos podido observar que los dispositivos biopolíticos del liberalismo y las tecnologías ambientales del neoliberalismo implican el ejercicio de un poder a distancia, es decir, de un poder que despliega sus acciones de manera indirecta con el objetivo de incitar ciertas conductas en los individuos. Así también, hemos podido advertir enseguida que en un caso y otro las tecnologías puestas en juego jamás son similares, pues ambas parecen tener como correlato a un campo de intervención completamente específico. Más arriba señalábamos el hecho de que las tecnologías biopolíticas modifican los elementos materiales del medio en tanto soporte de circulación de los procesos y fenómenos poblacionales, ahora deberíamos finalizar nuestro recorrido con una indagación que en primer lugar nos permita apreciar el carácter particular de los elementos que componen a la ambientalidad del neoliberalismo y, en segundo lugar, la especificidad de los procesos y fenómenos conformados por la interacción y la influencia recíproca de aquellos. Sería interesante seguir a Gabriel Tarde cuando a principios del siglo XX sostenía que las relaciones sociales de las sociedades modernas residen cada vez más en la transmisión a distancia de ciertos deseos y creencias que, al propagarse como energías y fuerzas mentales, atraviesan a los individuos en sus actividades intelectuales y en sus actividades espontáneas (Tarde: 1961: 35 y 139). De acuerdo a la visión de Tarde, la posibilidad de que los individuos de una sociedad compartan ciertos deseos y creencias no se explica por la herencia orgánica ni tampoco por la identidad del medio geográfico, sino más bien por la acción de un cerebro sobre otro. Se trata de toda una

“sugestión” que tiende a propagarse a través de un modo de contagio sumamente específico, un modo que Tarde definirá como “imitación”: «la imitación (...) es la impresión mental a distancia mediante la cual un cerebro refleja en otro sus ideas, sus voluntades, aún sus maneras de sentir» (Tarde: 1961: 138). Lo interesante es observar que el par sugestión-imitación no siempre necesita de una aproximación entre los cuerpos; por el contrario, cada individuo se volverá susceptible de recibir la influencia de los demás con tan sólo sentir que sus ideas y voluntades son compartidas simultáneamente por un gran número de hombres. En las sociedades modernas, tal sentimiento de simultaneidad es causa y a la vez efecto de la existencia de un elemento sumamente llamativo, a saber: el periódico y la prensa escrita en general. Como sostenía Tarde, los hombres que se sugestionan mutuamente no se codean, no se ven, ni se entienden: «están sentados cada uno en su casa leyendo el mismo periódico y dispersos sobre un vasto territorio» (Tarde: 1986: 44). Pero el error consistiría en creer que el sentimiento de simultaneidad en las ideas y las voluntades obedece a la mera presencia de la prensa escrita, cuando en verdad el desarrollo de esta última requiere que dicho sentimiento exista previamente en un estado latente o potencial. La prensa escrita puede aparecer y desarrollarse como tal porque responde a un sentimiento de simultaneidad que ya se encuentra latente en las interacciones de las grandes aglomeraciones; e inversamente, el sentimiento latente de simultaneidad puede adquirir una existencia efectiva y concreta porque la prensa escrita ha podido aparecer y desarrollarse como tal. Las grandes aglomeraciones abren entonces un umbral que posibilita el desarrollo de la prensa escrita, mientras que la prensa escrita posibilita la concreción de un sentimiento que sólo existía en aquellas de modo latente o potencial. De ahí la necesidad de reconocer que el sentimiento de simultaneidad en las ideas y las voluntades es causa y a la vez efecto del desarrollo de la prensa escrita. En cualquier caso, cabe advertir que la función fundamental de la prensa consiste en la creación de una relación social completamente específica frente a cualquier relación precedente. Tarde mencionaba que los lectores habituales de un periódico forman parte de un agregado invisible o colectivo espiritual, es decir, de un “público” cuyos miembros físicamente separados se mantienen unidos gracias a la existencia de una cohesión mental (Tarde: 1986: 43). Asimismo, Foucault sostenía que el público es el otro extremo posible de la población, o si se quiere, «es la población considerada desde el punto de vista de sus opiniones, sus maneras de hacer, sus comportamientos, sus hábitos, sus temores, sus prejuicios, sus exigencias: el conjunto susceptible de sufrir la influencia de la educación, las campañas, las convicciones (Foucault: 2006b: 102). Nosotros debemos atender al hecho de que la existencia del público no sólo implica la acción a distancia de un cerebro sobre otro, sino también, y sobre todo, que

las energías de ese cerebro, la fuerza de sus deseos y creencias, se transmitan a través de la prensa. Precisamente aquí surge la posibilidad de las intervenciones gubernamentales que a la larga serán puestas en práctica por el neoliberalismo. En efecto, si anteriormente los elementos materiales del medio se ofrecían como la superficie de agarre que permitía la intervención de los procesos poblacionales, ahora la prensa, y los medios masivos de comunicación desarrollados con posterioridad, aparecerán como la superficie de agarre que permitirá la intervención de los procesos intrínsecos al público. No estamos diciendo que la prensa y los medios masivos de comunicación en general sean intervenidos y modificados desde el gobierno; en lugar de recurrir a semejante aseveración, y a contramano de lo que habitualmente se piensa, decimos más bien que los medios masivos de comunicación pueden ser en sí mismos un elemento de gobierno, decimos que los medios propagan maneras de desear y de sentir, maneras de comportarse y de dirigirse en la vida, que serán constantemente imitadas por los individuos.

El paso del tiempo nos ha otorgado la ventaja de observar el funcionamiento pleno de las tecnologías de poder que a principios del siglo XX sólo existían en estado germinal: después de la prensa escrita aparecería la radio y el cine, y después la televisión, las computadoras y la telefonía móvil; en fin, aparecería toda una serie de dispositivos cuyo despliegue y accionar no conformará otra cosa más que la ambientalidad característica del neoliberalismo. Debemos observar entonces que el desarrollo y la expansión de estos dispositivos obedecen a un nuevo modo de ejercer el poder a distancia, un modo en donde el problema reside mucho más en garantizar el control de los procesos y corrientes pertenecientes al público que en asegurar la autorregulación de los procesos poblacionales propiamente dichos. Podríamos recurrir a las nociones elaboradas por Maurizio Lazzarato y señalar que en la actualidad el poder procede mediante la implementación y el despliegue de “dispositivos tecnológicos de acción a distancia” encargados de transmitir un abanico de “mundos” variables y diversos, de mundos que se propagarán a través de los cerebros (Lazzarato: 2006: 99-100 y 108-109). Cada imagen y cada sonido emitido expresa la fuerza de deseos y creencias, cada deseo y cada creencia indica consignas y maneras de comportarse, cada consigna y cada manera de comportarse componen finalmente al mundo que imitarán los individuos del público. Así, el poder a distancia pone en práctica a una serie de dispositivos tecnológicos que garantizan el control de procesos “a-orgánicos” o “virtuales”, de procesos y flujos cerebrales, que en modo alguno se confunden con los procesos biológicos intrínsecos a la población (Lazzarato: 1997: 1); lo cual, ciertamente, no equivale a decir que las tecnologías biopolíticas tiendan a desaparecer, puesto que las mismas quedan más bien subordinadas bajo los imperativos de una nueva

modalidad de ejercicio del poder que en adelante definiremos como “control virtual”. Ya hemos visto que los dispositivos de seguridad buscaban mantener a los procesos poblacionales dentro de ciertos equilibrios y promedios socialmente aceptables, pero todavía nos resta preguntarnos en qué consiste el control virtual garantizado por la implementación de los dispositivos tecnológicos de acción a distancia. Quizá el problema se aprecie mejor si retomamos el par sugestión-imitación y observamos atentamente las cosas que allí suceden: «Las necesidades orgánicas, las tendencias del espíritu, sólo existen en nosotros en estado de virtualidades realizables bajo las formas más distintas a pesar de su vaga semejanza; y entre estas realizaciones posibles, la indicación de un primer indiciador imitado determina la elección de una de ellas» (Tarde: 1961: 37). Cuando un cerebro realiza o efectúa un virtual indica a otros cerebros el modo de realizar o efectuar sus potencialidades, y cuando esos cerebros realizan o efectúan sus potencialidades abren a la vez nuevas necesidades y tendencias virtuales. De ahí que las repeticiones surjan de las variaciones y las variaciones emanen de las repeticiones; de ahí que los actos de innovación tiendan a propagarse en infinitas imitaciones y las infinitas imitaciones tiendan a propagarse en innovaciones; de ahí que no exista una división absoluta y tajante entre cerebros creativos y pasivos, sino más bien una indistinción de innovaciones y repeticiones que se despliegan en un mismo nivel o movimiento. Estas consideraciones nos permiten sostener que el problema del poder a distancia consiste en garantizar el control de los procesos de innovación y repetición conformados por las interacciones cerebrales. Ahora bien, ¿cómo se garantiza el control de un proceso en donde no parecen existir ni diferencias ni supremacías, de un proceso en donde cada cerebro imita pero también innova? Observemos en primera instancia que la propagación de las innovaciones difieren en velocidad y capacidad de alcance: mientras que algunas innovaciones se propagan rápidamente y llegan a todas partes, otras se propagan de manera más lenta y alcanzan un pequeño número de cerebros. La disimilitud de las fuerzas de propagación obedece sin duda al ambiente en el que actúan los cerebros: «Si las variaciones nacen de las repeticiones, las repeticiones proceden siempre de las variaciones que, mejor adaptadas que otras a las necesidades de su medio, se propagan y se generalizan» (Tarde 1961: 126). El hecho de que la velocidad y la capacidad de extensión de una innovación obedezcan a las necesidades y tendencias que existen de manera virtual en el ambiente debería sugerirnos entonces cuál es el blanco de intervención de los dispositivos tecnológicos de acción a distancia. Toda vez que esos dispositivos transmiten un mundo, toda vez que despliegan consignas y modos de comportamiento, efectúan la potencialidad de las conexiones intercerebrales y al mismo tiempo abren tendencias virtuales que posibilitarán la

propagación de ciertas innovaciones y dificultarán la aparición de otras: «Las tecnologías electrónicas y digitales realizan (reproduciéndola) la percepción, la memoria, la concepción [o en general, las potencialidades cerebrales] como “diferentes tipos de movimiento”, como “relación entre flujos”, como “síntesis temporales”. *Extensivamente* son también estas máquinas las que cubren con sus redes la totalidad de la sociedad y de la vida» (Lazzarato: 1997: 13). Al construir una ambientalidad plagada de mundos a imitar, los dispositivos tecnológicos de acción a distancia distribuyen tendencias que interfieren en los contactos y conexiones cerebrales, tendencias que simultáneamente reducen la velocidad y la capacidad de alcance de cualquier acción que pretenda efectuar, y a la vez propagar, modos de conducta alternativos a aquellos mundos. En última instancia, el control virtual implementado desde el neoliberalismo garantiza que la acción de cada cerebro no efectúe otra cosa más que las conductas basadas en la iniciativa y la responsabilidad del individuo y no propague mucho más que una necesidad virtualmente ineludible en toda economía de competencia, esto es, la necesidad de que el individuo utilice sus capacidades cerebrales para competir y valerse por sí mismo.

Bibliografía

- Castro-Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*, Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Deleuze, G. (2008). *Foucault*, Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1991). Nuevo orden interior y control social. En Foucault, M., *Saber y verdad* (pp. 163-166). Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Foucault, M. (2006a). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2006b). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006c). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008a). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Foucault, M. (2008b). *Nacimiento de la biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lazzarato, M. (1997). “Por una redefinición del concepto «biopolítica»” [on line]. Disponible en: <http://www.brumaria.net/textos/Brumaria7/06mauriziolazzarato.htm>.
- Lazzarato, M. (2006). *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires: Tinta Limón.

- Röpke, W. (1956). *La crisis social de nuestro tiempo*, Madrid: Revista de Occidente.
- Tarde, G. (1961). *Estudios sociológicos. Las leyes de la sociología*, Córdoba: Ediciones Assandri.
- Tarde, G. (1986). *La opinión y la multitud*. Madrid: Taurus.

Resumen

La investigaciones de Michel Foucault señalan el hecho de que las sociedades modernas asisten al desarrollo de una serie de “dispositivos biopolíticos” basados en la regulación de una multiplicidad de individuos en espacios abiertos. En tal sentido, el presente trabajo intenta elaborar una concepción sobre esos dispositivos y, a partir de allí, indagar sus posibles modalidades de desarrollo en la actualidad. Así pues, y con respecto al primer objetivo, resulta necesario retomar y reconstruir la noción de “medio” propuesta por Foucault —esto es, el medio como soporte de la acción a distancia de un cuerpo sobre otro— para definir el campo de intervención de los dispositivos en cuestión. Seguidamente, y en lo tocante al segundo objetivo, es imprescindible detenerse en la noción foucaultiana de “tecnología ambiental”, dado que la misma aparece como la tecnología de poder propia del neoliberalismo. En este punto, el trabajo recurrirá a las investigaciones de Tarde y Lazzarato para sostener que en el desarrollo de aquellas tecnologías de poder se observa una transformación fundamental. En efecto, antes que intervenir en los procesos “biológicos” intrínsecos a la población, el poder a distancia del neoliberalismo interviene en la “virtualidad” de las creencias y los deseos del público.